

De actualidad

WILLIAM BLAKE Y TOMAS MEABE



¡Ay, aquel romántico socialista que fué Tomás Meabe, el fundador, parece, de las "juventudes socialistas!" Y ateo... ¿Ateo? No hace mucho que Joaquín Zuazagoitia, al hablar del ateísmo de Meabe, recordaba nuestro soneto: "La oración del ateo", aquel que acaba: "sufro yo a tu costa—Dios no existente, pues si tú existieras—existiría yo también de veras". ¿Ateo Meabe?

¡La última vez que estuvimos con él... Fué en Eibar, donde vivía entonces, creemos que desterrado... ¿Desterrado? Lo estuvo toda su vida. Nació desterrado, vivió desterrado, murió desterrado. ¡Como tantos otros! ¿Hay nada más terrible que vivir desterrado en la propia tierra, en la tierra nativa?

Fué en Eibar. Tuvimos una larga conversación — éramos varios — a la puerta de una iglesia de un convento de las afueras de la industriosa villa. Meabe estaba sentado — nos parece ver todavía su hermosa cabeza byroniana — en las gradas de una cruz de piedra. ¡De una cruz, sí, él, el ateo! Hablaba yo de pie y él, sentado en las gradas de la cruz de piedra, con otros, me oía con los ojos. Porque Meabe oía con los ojos. Y soñaba... No hizo otra cosa que soñar toda su vida. Su ateísmo fué un sueño; su socialismo fué otro sueño.

Un día llegó Tomás Meabe a Vergara — la cuna de mis abuelos y de mis padres — y en el cuarto de la fonda en que tuvo que hacer noche se encontró con un crucifijo. Lo cogió y lo puso cabeza abajo, como se pinta a San Andrés. Y esto, ¿qué era? Esto era cristianismo, y no otra cosa. Esto era que el Cristo le perseguía con su amor.

¿Poner al Cristo cabeza abajo? ¿Pero no es eso ponerle cabeza arriba? En el cielo, fuera de la Tierra, no hay arriba ni abajo. Lo que es arriba para nosotros es abajo para nuestros antípodas y viceversa. Y ahora oíd a Blake.

Blake, William Blake, aquel prodigioso dibujante y poeta místico de quien habréis oído — y si no, es lástima — Blake que unió el siglo XVIII

al XIX — nació en 1757, murió en 1827, ¡setenta años de vida!... ¡era un místico...! — William Blake escribió entre otras, esta página admirable:

"Los hombres son admitidos en el cielo no porque hayan domado y gobernado sus pasiones o no tenido pasiones, sino porque hayan cultivado sus entendimientos. Los tesoros del cielo no son negaciones de pasión, sino realidades de inteligencia, de la que emanan las pasiones, indomadas en su eterna gloria. El tonto no entrará en los cielos por santo que sea. La santidad no es el precio de la entrada en los cielos. Los que son rechazados son aquellos que no teniendo pasiones propias, por no tener inteligencia, han gastado sus vidas en domar y gobernar las de otras gentes por las varias artes de la pobreza y la crueldad de todas clases. La Iglesia moderna crucifica a Cristo con la cabeza hacia abajo. ¡Ay, ay, de vosotros, hipócritas!"

Tomás Meabe no leyó, sin duda — aunque leía inglés y aún algo del inglés — tradujo un manual de ateísmo. Tomás Meabe no leyó, sin duda, ni antes ni después de su triste hazaña del cuarto de la fonda de Vergara, esa página admirable de Blake, otro soñador y otro... socialista también. Si la hubiera leído habría visto con otros ojos el crucifijo y comprendido acaso que estaba cabeza abajo. ¿Qué pretendió al darle media vuelta?

El cristianismo de Meabe — él se empeñó en llamarle socialismo — era de media vuelta, de antípoda, pero cristianismo. Meabe no sintió nunca — y acaso ni comprendió — eso que se llama la concepción materialista de la historia. Y no por falta de sentimiento ni por falta de comprensión. Acaso más bien por sobra de ellos.

"El tonto no entrará en los cielos, por santo que sea — let him be ever so holy" — dice Blake. Es que el tonto o necio — fool — no puede ser santo. La santidad está reñida con la tontería, y ésta, la tontería, es un vicio. No, el tonto no entrará en los cielos... ¿Qué dirá a esto ahora Tomás Meabe? ¿Se le presentó, a la hora de su juicio, el Cristo cabeza abajo?

"Los que son rechazados (del cielo) son aquellos que no teniendo pasiones propias, por no tener inteli-

gencia, han gastado sus vidas en domar y gobernar las de otras gentes por las varias artes de la pobreza y la crueldad de todas clases". ¡Admirable Blake! Sí, los que carecen de inteligencia no tienen pasiones propias pero sirven a las de otros y dominan las de otros.

Dos cartas tenemos del principal de los gobernadores de pasiones ajenas — y servidores de otras de otros — que hoy disuelven a España y en ambas nos acusa de apasionado y nos da a entender que la pasión nos quita conocimiento. ¡No, sino que nos lo da! Y con este conocimiento que nos da la pasión hemos visto que el señor... ¡no! ¡señorito! a que ese frío reprensor sirve — y que no es, por supuesto, ningún Cristo — está con la cabeza hacia abajo y los pies hacia arriba, aunque parezca lo contrario.

¡Pasiones propias! Las tuvo, y grandes y trágicas, Tomás Meabe como las había tenido William Blake.

¿Y si viviera ahora Meabe? ¿Si viviera en la España de hoy? ¿Si la viese danzando esta danza loca — en un ataque de corea — con la cabeza dando vueltas a todos lados, ya arriba, ya abajo, ya a un lado, ya al otro? ¿Si asistiera, por ejemplo, a estas elecciones? ¿Daría media vuelta a sus dogmas? Pero si no los tenía...

Aún estamos viendo sus ojos, aquellos ojos como el mar, que nos miraban mientras estaba él sentado en las gradas de la cruz de piedra de aquel convento de las afueras de Eibar. Y ahora entre las ridículas pequeñeces de esto que algunos llaman lucha nos acordamos del cristianismo invertido, tirando al centro de la Tierra, del pobre Tomás Meabe.

¿Creéis que esto no es de actualidad? Lo fué, lo es y lo será.

¡Pobre Tomás Meabe, fundador de las juventudes socialistas y que acaso se llevó la juventud del socialismo de su tierra!